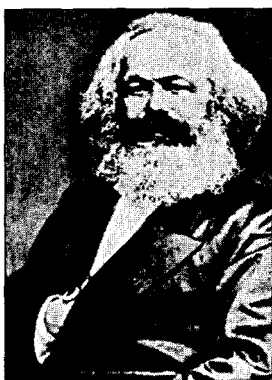


## PROGRESO E HISTORIA EN VICO Y MARX

*Moisés González García*



En las páginas que siguen trato de acercarme a estos dos grandes pensadores para ver qué es lo que tienen que decirnos acerca del hombre y de su historia. Marx confía en el progreso histórico y cree que finalmente los hombres pasarán del reino de la necesidad al de la libertad. Vico, en cambio, nunca creyó que el progreso fuese una necesidad que tenía que producirse inevitablemente, ni mucho menos que fuese irreversible, pues la barbarie está siempre acechando y toda conquista es siempre precaria.

I take this paper to be an approach to these two great thinkers in order to find out what they have to say about man and his history. Marx, unlike Vico, relies heavily in the historical progress and seems to be firmly convinced that men would eventually step into the kingdom of freedom once they have abandoned that of necessity. Vico, on the other hand, never believed that progress was bound inevitably to occur, let alone that it were an unavoidable process, since barbarism is always lying in wait and all conquer appears to be meager.

### 1. EL NUEVO CURSO DEL FILOSOFAR

Si hiciéramos un rápido recorrido por la historia de la filosofía, nos quedaríamos ciertamente asombrados al contemplar todo lo que la filosofía, si hacemos caso a sus más dignos representantes, puede hacer por el hombre: abrir los claustros de la verdad, mejorar y hacer sabios a los hombres, gobernar una ciudad para el bien de todos... Pero precisamente porque la filosofía tiene ya tras de sí una larga historia, nuestra mirada retrospectiva nos permite no hacernos demasiadas ilusiones sobre el poder de la filosofía.

Una de las cosas en la que parece haber una notable coincidencia es la de que corresponde a la filosofía la tarea de comprender la realidad en la que nosotros nos encontramos. Precisamente en este ir y venir de los diferentes pueblos a lo largo de la historia, he querido, en estas páginas que siguen, acercarme al pensamiento de Vico y Marx para ver qué es lo que tienen que decir a los hombres de una época como la nuestra, en la que se anuncia la muerte y renacer de pensadores, sistemas y creencias, y que vive en un desconcierto semejante al de tantas otras épocas que ya fueron, y de otras que todavía están por venir. Vico reivindica en su *Autobiografía* el derecho a ser recordado como autor de la *Ciencia Nueva* y justifica toda una vida llena de dificultades y sufrimientos para finalmente dar a la luz una obra que, sin duda, era digna del «envidioso título de *Ciencia Nueva*». Pietro Piovani ha señalado con acierto que Vico «en medio de las sombras más oscuras, de las contradiccio-

nes más estridentes, de las confusiones más desconcertantes, es grande por la fuerza con la que se enfrenta a algunos problemas señalados por él, aún de un modo indirecto, a pesar de que no los haya enfrentado o desentrañado sistemáticamente, quedan, sin embargo, transformados por aquel fugaz contacto especulativo. En este sentido, él pertenece verdaderamente a la mejor estirpe de filósofos: aquella que transforma<sup>1</sup>. Y esa fuerza le viene de la conciencia de haber encontrado un nuevo curso al filosofar. «Todas sus manifestaciones –continúa diciendo Piovani– se orientan a obligar al mundo de las ideas a medirse con el oscuro mundo de la historia»<sup>2</sup>. Para el pensador napolitano el conocimiento por antonomasia se convierte en ciencia del hombre.

Desde que Vico se atrevió, contra el intelectualismo de su época, a reivindicar para la historia el carácter de ciencia, han sido muchos los que han seguido el camino señalado por el filósofo napolitano, entre los que hay que destacar ciertamente a Marx. Precisamente la necesidad y la posibilidad de creación de una ciencia humana viene a ser el punto básico de acuerdo entre ambos pensadores. Para Marx el mundo humano es creación continua de los seres humanos y no el simple resultado de fuerzas naturales<sup>3</sup>.

La posibilidad de establecer una relación entre las concepciones acerca de la historia entre Vico y Marx nos la ofrece este último cuando en una nota de *El Capital*, citando a Vico, afirma que «la historia humana se distingue de la historia de la naturaleza en cuanto hicimos una y no hicimos la otra»<sup>4</sup>. Con esto nos viene a decir que el contenido de una ciencia humana hace a la ciencia especialmente inteligible a los seres humanos, por el hecho de que esa ciencia versa sobre una realidad que está humanamente hecha. Éste es, sin duda, el punto de partida fundamental de la *Ciencia Nueva* de Vico que se sorprende que no hubiese sido advertido anteriormente, provocando el consiguiente abandono de los estudios históricos:

«Cualquiera que reflexione sobre esto no puede por menos de maravillarse al considerar que los filósofos hayan dedicado todas sus energías al estudio del mundo de la naturaleza... y que hayan descuidado el estudio del mundo de las naciones o mundo civil, que por haberlo creado los hombres, podían ellos conocerlo»<sup>5</sup>.

Analizaremos ahora en los dos pensadores mencionados tanto el cómo avanza o cambia la historia de los hombres, así como el hacia dónde marcha, esto es, si es posible hablar de una meta final de progreso hacia la que la humanidad como un todo se encaminaría, si bien lenta, gradual y continuamente, o más bien los pueblos simplemente van y vienen, sin que en este largo deambular a lo largo del tiempo pueda hablarse propiamente de un fin, o de una vocación de la historia de crear una utópica sociedad perfecta.

## 2. POSIBILIDAD DE UNA APROPIACIÓN RACIONAL DE LA REALIDAD HISTÓRICA

Es indudablemente cierto que tanto Vico como Marx, independientemente de las sustanciales diferencias que subsisten entre sus respectivas posiciones, son de la opinión de que no es sólo posible, sino también necesario, desgajarse o ir más allá de la cáscara o la superficie de la realidad histórica para concebir o expresar en términos teóricos esa realidad en el sentido de apropiarse de la misma. La explicación histórica tendría, pues, por objeto no sólo establecer hechos, sino hacerlos inteligibles.

Si es verdad que podemos considerar a Marx como uno de los primeros pensadores que de una forma sistemática se propuso la elevación de la historia al rango de ciencia de la única forma que verdaderamente resulta posible, esto es, mediante la elaboración de hipótesis teóricas que nos permitan acercarnos al mundo histórico de una forma científica, no podemos olvidar que fue Vico el iniciador de esa forma de pensar que hizo posible que la historia pasase del ámbito de la indeterminación a ser objeto de conocimiento científico.

La tarea era ciertamente ardua, pues la historia no parece que se deje reducir fácilmente a ciencia. Hay en ella damasiadas cosas y, además, todo ello en movimiento y en interrelación. Efectivamente, si nos asomamos al mundo histórico, tenemos a la vista una especie de torrente heraclitiano, un inmenso cuadro compuesto de acontecimientos y acciones que se suceden sin tregua. Y por si las dificultades no fuesen suficientes, cuando se contempla el ajeteo que tiene lugar en la gran escena del mundo, el obrar humano parece que no permite suponer la existencia de ningún propósito racional en todo su juego, al darse las más violentas, enloquecidas y aborrecibles pasiones del corazón humano. Y es que, como dijo Kant, «a pesar de la esporádica aparición que la prudencia hace a veces, a la postre se nos figura que el tapiz humano se entreteje con hilos de locura, de vanidad infantil y, a menudo, de maldad y afán destructivo también infantiles»<sup>6</sup>.

Vico era plenamente consciente de este hecho cuando al rechazar la aplicación de la causalidad mecánica al mundo histórico había advertido que: «los hombres son, en su mayor parte, necios que no se guían por la reflexión, sino por la gana y el apetito y que obran al azar»<sup>7</sup>. Pero antes de quedarse sin ciencia del mundo histórico, cree que es necesario agotar todas las posibilidades. Lo primero que hace es rechazar la razón naturalista en su aplicación a la realidad histórica, pues ésta es un proceso, un devenir y no una esencia fija y estable que actúe con regularidad. Las propias formas de pensamiento están sometidas para él a un proceso evolutivo de la acción social.

También Marx estará en esta línea de pensamiento al señalar la insuficiencia de la ciencia clásica para comprender ese ámbito específico de la realidad que es el mundo histórico-social, al suponer una concepción fijista y sustancialista de la realidad, que olvidaba tomar en consideración la dialéctica práctica del hombre y su obra. Como ha puesto de manifiesto J. Zeleny, en su estudio del papel que a la dialéctica materialista le corresponde en la fundamentación lógico-gnoseológica del pensamiento científico actual, Galileo y Descartes, al entender el mundo como un libro frente al que nos encontramos en situación de lectores, no comprendieron que la ciencia: «tiene que habérselas con un mundo frente al que no nos encontramos primariamente en el papel de lectores de un libro, sino en el de productores y productos a un tiempo»<sup>8</sup>.

Sin embargo el rechazo de la causalidad mecánica sin más al mundo histórico no significa la renuncia a encontrar la verdadera lógica que opera en ese mundo. Ciertamente que algunos ante la impresión de dispersión renunciaron a toda explicación histórica contestándose simplemente con relatar historias. Así los positivistas opinan que lo único que se puede hacer es trazar el inventario de los fenómenos, describirlos, pero sin suponer entre ellos más relaciones que las propias de la contigüidad, la sucesión y la similitud eventual.

Tanto Vico como Marx consideran que si se quiere hacer de la historia una ciencia, es necesario no perder de vista la totalidad. En opinión de Vico la terca insistencia de los historiadores en considerar que los fenómenos históricos-sociales tenían que ver exclusiva-

mente con lo singular y lo individual, hacía que resultase difícil el que la historia pudiese superar el nivel de mera prosa literaria. Pero hay que tener muy en cuenta que la totalidad a la que se refiere Vico no coincide con la que tiene en mente Marx. Mientras Vico busca una exposición completa de la historia de la humanidad, tal pretensión está ausente del análisis marxista de la historia.

Vico efectivamente trata de elevarse por encima de los hechos históricos para construir una «nueva ciencia» que fuese al mismo tiempo historia y filosofía de la humanidad. No trata simplemente de hacer una enumeración de hechos y costumbres, sino de buscar en ellos los principios de la historia universal. Como dice Abbagnano, Vico quiere ser

«El Bacon del mundo de la historia y realizar, con respecto a este mundo, la obra que Bacon había emprendido con respecto al mundo de la naturaleza... La ciencia nueva de Vico es nueva precisamente en el sentido de que instaura una investigación del mundo histórico, dirigida a rastrear el orden y las leyes de este mundo»<sup>9</sup>.

Basta una simple y rápida lectura de la *Ciencia Nueva* para ver cómo Vico trata de hallar los principios y leyes universales que rigen y gobiernan la historia de todos los pueblos de la tierra. A pesar de la escasez de materiales con los que contaba, incluye en su sistema el devenir de la humanidad entera. No se trata de explicar una historia particular de griegos o de romanos, sino la historia en su conjunto:

«Reflexiónese –dice Vico– sobre las comparaciones que a lo largo de toda esta obra se han hecho acerca de un gran número de materias sobre los tiempos primeros y últimos de las naciones antiguas y modernas; y se tendrá explicada la historia entera, no ya la particular, sobre los hechos y leyes de griegos y romanos, sino (con identidad de comprensión y diversidad en los modos de desarrollarse) la historia ideal de las leyes eternas, según las cuales transcurren todos los hechos de todas las naciones en sus orígenes, progresos, plenitudes, decaencias y finales»<sup>10</sup>.

Peters afirma igualmente que «el verdadero mérito de Vico consiste en su sistema de la historia, en su interpretación universal de las leyes evolutivas de la historia»<sup>11</sup>.

Conviene advertir, no obstante, que la *Ciencia Nueva* de Vico se mueve en dos planos que no deben ser confundidos. Efectivamente Vico pretende hacer tanto «ciencia de la historia» como «filosofía de la historia», es decir, quiere explicar realidades históricas concretas y también darnos una visión global del proceso histórico de la humanidad en su conjunto, advirtiendo, no obstante, que no se trata de una especulación abstracta y vacía, pues se fundamenta en las ideas, hechos y costumbres del género humano.

### 3. LOS HOMBRES CREADORES DE SU PROPIA HISTORIA

Vico y Marx coinciden en señalar que la historia es obra de los hombres, como anteriormente dijimos al citar el texto de Marx en el que repetía aprobando el aserto de Vico de que el mundo de la historia, a diferencia del mundo de la naturaleza, es obra del hombre mismo. La cita de Marx le permite diferenciar la dialéctica de la naturaleza de la de la his-

toria. Es evidente que para él la dialéctica como ley de la realidad tiene valor universal, pero eso no implica que no pueda adoptar diversas formas en campos diferentes. La aparición e intervención de la conciencia es precisamente lo que diferencia a la dialéctica histórica. No hay historia sin conciencia, esto es algo absolutamente evidente para Marx.

El tema del humanismo o antihumanismo en la concepción del materialismo histórico es un tema de enorme trascendencia para la adecuada comprensión del pensamiento marxista. La acusación de que el marxismo ignoraba al hombre al sostener una concepción mecanicista de la historia es algo que ya se dio desde los mismos orígenes del marxismo. Pero, como es bien sabido, la polémica se suscitó sobre todo debido a los escritos de Althusser en los que defiende una concepción «antihumanista» como algo esencial al marxismo<sup>12</sup>. Tanto Marx como Engels se esforzaron en refutar las acusaciones de menospreciar teóricamente al hombre, y que para ellos estaban basadas en una mala comprensión o falsificación de su pensamiento. Así se expresaba a este propósito Engels:

«la extravagante afirmación del metafísico Dühring... quien sostiene que para Marx la historia se realiza de un modo absolutamente automático, sin la intervención de los hombres (¡que, empero, la hacen!) y como si las condiciones económicas (¡que, a su vez, son también obra de los hombres!) jugasen con ellos como con los peones de un juego de ajedrez»<sup>13</sup>.

La conciencia, contra toda la interpretación mecanicista de la historia, constituye un concepto básico de la doctrina marxista de la sociedad. Como dice Kofler, es falsa en el marxismo la interpretación de las fuerzas productivas como si fuesen un poder de la naturaleza «suponiendo en ellas una actividad autónoma de carácter objetivo y mecánico; tal forma de ver las cosas, continúa diciendo, es atribuible sobre todo a la supervivencia de residuos mecanicistas tomados del universo de ideas del viejo materialismo no dialéctico»<sup>14</sup>. Lo que sí hace el materialismo histórico es explicar la conciencia «en término materialistas» como surgida de un proceso natural objetivo, pero no niega su especificidad y valor. Los agentes de la historia son «los hombres dotados de conciencia», pero las metas que se propongan estarán determinadas por las necesidades históricas concretas y por las condiciones objetivas en que los individuos se encuentran.

Para Vico no existe la menor duda de que la historia ha sido hecha por los hombres. Éste es el primer principio incontestable de la *Ciencia Nueva*:

«En la densa noche de tinieblas que cubre a toda la lejanísima antigüedad, aparece esta luz eterna, que jamás se extingue, la luz de esta verdad, que nadie ni nada puede poner en duda: a saber, que este mundo civil ciertamente ha sido hecho por los hombres, y en ellos se pueden, porque se deben hallar los principios dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana»<sup>15</sup>.

Si la razón de la historia es de naturaleza humana, al ser hecha por los hombres, evidentemente, de acuerdo con el criterio de verdad de Vico del «*verum ipsum factum*», los hombres podrán dar razón de esa ley. Vico apunta claramente en el texto citado dónde está la clave interpretativa de la historia en su totalidad; esa clave es la mente humana analizada

a través de sus modificaciones históricas. Conocer la mente del hombre es poseer el principio de la historia, que nos permitirá adentrarnos en su misterioso y complejo fluir.

Muchos católicos criticaron a Vico el excesivo protagonismo que daba al hombre en su concepción de la historia, pues aunque nombraba con frecuencia a Dios y a la Providencia, explicaba la historia del género humano como el resultado de leyes fijas, que hacen superflua la intervención divina en las mismas<sup>16</sup>. En el mundo católico de entonces predominaba una visión teocéntrica de la historia fundada en San Agustín, y cuya visión, en palabras de Collingwood, vendría a ser la siguiente:

«Si a un historiador medieval se le preguntara cómo sabía que en la historia había un plan objetivo, respondería que por revelación... Y semejante revelación ofrecía, no tan solo la clave de cuanto Dios había obrado en el pasado, sino de lo que iba a hacer en el futuro. La revelación cristiana, pues, ofrecía una visión de toda la historia del mundo, desde su creación en el pasado hasta su fin en el futuro, dentro de la perspectiva intemporal y eterna de Dios»<sup>17</sup>.

No es de extrañar que los defensores de esta visión acusaran, incluso de herejía, a Vico que se atrevió a afirmar que los principios de la historia universal debían ser buscados en los principios de la historia de la naturaleza humana:

«Así esta ciencia viene a ser a la vez una historia de las ideas, costumbres y hechos del género humano. Y de estas tres cosas surgirán los principios de la historia de la naturaleza humana y se verán los principios de la historia universal, la cual, según parece, carecía de ellos hasta ahora»<sup>18</sup>.

El devenir histórico que corresponde a la estructura de la mente humana viene a ser fijado por Vico en tres momentos o aspectos del espíritu humano que son: sentido, fantasía y razón, como expresa la famosa «degnità» 53: «Los hombres primero sienten sin advertir, después advierten con ánimo perturbado y conmovido y finalmente reflexionan con mente pura»<sup>19</sup>. En este aserto se encuentra el fundamento filosófico del ritmo histórico de las tres edades: edad de los dioses, edad de los héroes, edad de los hombres<sup>20</sup>. De esta forma Vico nos hablará de «tres clases de naturaleza», «tres clases de costumbres», «tres clases de derecho natural», «tres clases de gobiernos», «tres clases de lenguas», «tres clases de escritura», «tres clases de jurisprudencia», «tres clases de autoridad». Todo el libro IV de la *Ciencia Nueva* que trata del «curso que hacen las naciones», se funda sobre el esquema de un ritmo triádico de la dialéctica de la historia:

«A la luz tanto de la filosofía como de la filología... en este libro cuarto añadimos el curso que hacen las naciones, procediendo con constante uniformidad en todas sus costumbres tan variadas y diversas, conforme a la división de las tres edades»<sup>21</sup>.

Dijimos anteriormente que existía una clara coincidencia entre Vico y Marx al concebir la historia como hecha por los hombres, pero existe una sustancial diferencia en la con-

cepción del hombre que ambos sostienen. Para Marx el hombre es producto de una serie de fuerzas naturales y de su propio obrar, o sea, de su trabajo, mientras Vico, que sí admite que el hombre sea «en cierta medida» obra de sí mismo, sustituirá a la naturaleza por un Dios creador, tanto de la naturaleza como del hombre mismo. El materialismo marxista no se da ciertamente en Vico. No obstante, existe una parcial coincidencia entre ambos cuando afirman que en parte el hombre es obra de sí mismo, y que eso ocurre en el transcurso de la historia. Para Marx y Engels el trabajo no sólo es la fuente de toda riqueza, sino que es muchísimo más que eso: «Es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre»<sup>22</sup>. La diferencia radical con Vico se encuentra evidentemente en el punto de partida, ya que el filósofo napolitano acepta y parte en su concepción del hombre del esquema teológico de la religión cristiana. Para él, fue el pecado original y el abandono de la religión verdadera los que redujeron a los hombres al nivel de las bestias: «Los hombres al abandonar la verdadera religión, vagaban como bestias por la gran selva de la tierra»<sup>23</sup>. Es precisamente en este momento en el que, los seres humanos reducidos ya casi al nivel de bestias, comienza propiamente la historia humana, que va desde la casi-animalidad, o sea de los «*bestioni*», hasta la racionalidad plenamente desarrollada. En todo ese largo proceso con su obrar «en cierta medida engendraron y produjeron su propia forma humana»<sup>24</sup>.

Pero ¿por qué dice Vico que tan solo «en cierta medida»? Por dos razones fundamentalmente: en primer lugar porque, como ya hemos dicho, para Vico el hombre ha sido creado por Dios y, en segundo lugar porque los resultados obtenidos por los hombres a través de la historia no son solamente o exclusivamente obra suya, sino también de la Providencia que dirige y fija los objetivos finales, sirviéndose de los mismos seres humanos y obrando a través de ellos mismos y, muchas veces, a pesar de ellos mismos:

«Dios, con su Providencia, ha ordenado las cosas humanas de tal forma que, los hombres caídos en el pecado original, y al obrar egoísticamente y buscando su utilidad, obtienen resultados positivos para la humanidad, que la lleva a salir de su estado bestial y a vivir en sociedad».

De esta conducta de la Providencia se ocupa la *Ciencia Nueva*; y por eso esta ciencia viene a ser una «teología civil razonada de la Providencia divina»<sup>25</sup>.

Llegados a este punto nos encontramos con el segundo principio incontestable de la *Ciencia Nueva*, y que diferencia una vez más a Vico de Marx, o sea, la afirmación viquiana de que en la historia se realizan unos fines superiores a los buscados por los hombres que son obra de la Providencia. En efecto, para Vico una visión de conjunto sobre el género humano nos lleva, sin duda, a afirmar que la gran ciudad de las naciones ha sido fundada y es gobernada por Dios. Pero esto no es contradictorio ni elimina, piensa Vico, el primer y también incontestable principio de que son los hombres los autores del mundo histórico:

«No obstante los hombres han hecho este mundo de las naciones (que es el primer principio de esta Ciencia); pero este mundo, sin duda, ha surgido de una mente con frecuencia diversa y a veces totalmente contraria y siempre superior a los fines particulares que los hombres se habían propuesto; tales fines se con-

vierten en medios para servir a fines más amplios, que permiten conservar la generación humana sobre esta tierra»<sup>26</sup>.

Esta acción que lleva a cabo la Providencia en el mundo tiene un cierto halo protohegeliano que nos hace pensar en la famosa teoría de la «astucia de la razón». Pero hay que tener en cuenta, como ha señalado Pietro Piovani, que para Vico, a diferencia de Hegel, la decadencia y la degeneración están siempre presentes como una fase establecida del proceso de cambio histórico<sup>27</sup>.

En consecuencia Vico viene a afirmar que la historia en obra del hombre y de la Providencia. Pero ¿no es esto contradictorio? Vico no lo cree así, ya que la Providencia interviene en el mundo de un «modo natural», o sea, emplea al hombre tal como es, con sus pasiones, apetitos, y su amor propio, haciendo uso de estos medios naturales para conseguir que los hombres salgan de la soledad y de la vida ferina y se incorporen a la comunidad y a la vida humana. No existe nunca una intervención especial o sobrenatural de la Providencia. El hombre al realizar sus fines propios, realiza los fines de la Providencia, que no anula la libertad y el obrar humanos, sino que por el contrario hace posible que el hombre se realice plenamente: «La providencia es una sabiduría sobrehumana que gobierna y conduce el mundo de manera divina, sin la fuerza de tiránicas leyes, haciendo uso únicamente de las costumbres naturales de los hombres»<sup>28</sup>. Por esto Vico afirma categóricamente que: «los hombres mismos han hecho este mundo de naciones» y que, sin embargo, «este mundo ha nacido de la Providencia»<sup>29</sup>. Esta forma tan peculiar de entender la Providencia, que interviene en el mundo de los hombres con «*semplicità e naturalezza*»<sup>30</sup>, ha llevado a algunos críticos del pensamiento viquiano a afirmar que la Providencia se ha convertido en algo tan natural y profano que podría prescindirse de ella:

«Con esta idea llena Vico la noción de la Providencia divina que Vico seculariza, intentando demostrarla históricamente. La Providencia no es para él más que el marco, la fórmula, el punto de partida para la idea de una regularidad de la historia»<sup>31</sup>.

La equiparación de la Providencia viquiana a una racionalidad histórica que no puede conocerse *a priori*, sino en base a un estudio comparativo de varios pueblos, ha llevado a algunos estudiosos de Vico, como Robert Nisbert, a afirmar que «la idea de la Providencia trascendente puede ser eliminada de la obra de Vico sin perturbar para nada sus elementos principales»<sup>32</sup>. Esta regularidad histórica o curso que todos y cada uno de los pueblos siguen en el tiempo se basaría en una misma reacción de una naturaleza humana común frente a unos retos y circunstancias recurrentes.

Es cierto que en la demostración que Vico hace de la Providencia y en todo lo referente a la misma, no hay absolutamente nada de la intervención trascendente y milagrosa que, desde San Agustín a Bossuet, caracteriza a toda la doctrina cristiana.

«El Dios de Vico –dice Löwith– es tan omnipotente que puede abstenerse de intervenciones especiales. Se produce por completo en el curso natural de la historia por sus medios naturales, necesidades, servicios. Y para los que puedan



leer este lenguaje natural de la Providencia histórica real en la historia social del hombre, la historia es, desde su primera a su última página, un libro abierto de admirable traza»<sup>33</sup>.

La postura de Vico pretende ser una síntesis o compromiso entre la de aquellos que quieren explicar la historia por un principio trascendente a ella misma y la de aquellos que pretender explicarla por ella misma.

En el tema de la Providencia Marx se aparta totalmente de Vico al no admitir ningún tipo de principio exterior a la historia misma, como un ser trascendente o Dios. La historia se justifica por ella misma:

«Hasta ahora los hombres se han formado siempre ideas falsas acerca de sí mismos, acerca de lo que son o debieran ser. Han ajustado sus relaciones a sus ideas acerca de Dios, etc. Los frutos de su cabeza han acabado por imponerse a la misma. Ellos los creadores, se han rendido ante sus criaturas. Liberémosles de los fantasmas cerebrales, de las ideas de los dogmas de los seres imaginarios, bajo cuyo muro degeneran. Rebelémosnos contra esta tiranía de los pensamientos. Enseñémoslos a sustituir estas quimeras por pensamientos que correspondan a la esencia del hombre»<sup>34</sup>.

Para Marx la vida social y las grandes creaciones humanas son el resultado exclusivo de la praxis humana, sin necesidad de recurrir a extrañas y ocultas fuerzas sobrehumanas: «Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría, al misticismo, encuentran sus solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica»<sup>35</sup>. Nuestro mundo es fruto del obrar y del trabajo humano, pero esa acción creadora no se produce de una forma caprichosa e indeterminada:

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos»<sup>36</sup>.

Podemos afirmar, pues, que para Vico los hombres hacen sí su propia historia, pero no son los únicos protagonistas de la misma, ya que llevan a cabo un proyecto que ha sido diseñado por la Providencia. Pero también para Marx en la historia intervienen factores y fuerzas cuya acción se produce al margen de la acción de los hombres y en ese sentido la historia no es completamente consciente; el mundo histórico es en gran parte inconsciente obedeciendo a leyes de tipo natural, es decir, junto a la dialéctica consciente subsiste una dialéctica ciega o de la necesidad. También para Marx, utilizando la famosa frase de Hegel, en la historia hay muchas cosas que ocurren «a espaldas» de la conciencia.

#### **4. LAS LUCHAS SOCIALES COMO MOTOR DE LA HISTORIA**

Para Marx la base sobre la que se construye la historia es la producción económica y, en consecuencia, el factor económico constituye, en último término, el principio fundamen-

tal de explicación de la misma. Pero esto no quiere decir que el factor económico determine sin más el proceso histórico, olvidando el decisivo papel jugado por la conciencia, como el propio Marx se encarga de señalar en la primera de sus *Tesis sobre Feuerbach*:

«La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa, la realidad, lo sensible, bajo la forma de objeto o de la contemplación, no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo....»<sup>37</sup>.

Sin embargo a lo largo del devenir histórico los procesos económicos y sociales, a pesar de que se originen en una actividad consciente, sufren necesariamente una alienación. La dialéctica de la historia vista desde esta perspectiva, es una dialéctica de la alienación, pero también de su superación. Por eso escribe Marx en el *Manifiesto Comunista* que «la historia de toda sociedad existente hasta la actualidad es la historia de la lucha de clases». Evidentemente esas luchas sociales se han manifestado de muy diversas formas, pero en definitiva esa lucha siempre se han producido entre «opresores y oprimidos»; opresión a veces oculta, a veces abierta, que se ha ido acentuando progresivamente hasta alcanzar su máxima cota y radicalidad en la sociedad burguesa-capitalista, donde la explotación se hace, como dice Marx abierta, directa, brutal y descarada. Es por eso por lo que esa época será decisiva, ya que es cuando la lucha de clases se acerca a su hora decisiva, es decir, a la supresión de los antagonismos y al establecimiento del reino de la libertad. A las masas proletarias, precisamente por carecer de todo privilegio en la sociedad capitalista, les corresponde la misión histórica de realizar la emancipación de todos los seres humanos.

Uno de los factores que más influyeron en la obra de Vico fue la desigualdad social que tuvo que sufrir personalmente y que le fue fácil comprobar en su ciudad de Nápoles. Vico analiza la estructura de la sociedad donde vive y descubre la existencia de un sistema de valores y unas instituciones que favorecen únicamente a las órdenes gobernantes. ¿Cómo explicar esa extraña predestinación que a unos les hace nadar en la opulencia y a los otros les arroja a la miseria y al sometimiento? El joven Vico se indigna de tanta desigualdad, pero el pensador-Vico busca la explicación a ese estado de cosas. «Comprender más que indignarse», será su lema, sin llegar a sostener, como hará Marx, que es necesario pasar de la mera comprensión y contemplación de los hechos a la acción revolucionaria que elimine la opresión y la desigualdad: «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo»<sup>38</sup>.

A Vico la comprensión de la realidad histórica le va a llevar a ver que el mundo de los hombres está hecho de esas desigualdades, tensiones y conflictos que de muy diversas formas se manifiestan sin cesar y que están presentes desde los mismos orígenes de la sociedad humana como lo manifiesta en el siguiente párrafo:

«De este modo las ciudades primeras se fundaron sobre órdenes de nobles y catervas de plebeyos; con estas dos eternas propiedades contrarias, que se derivan de la naturaleza de las cosas humanas civiles, expuestas ya por nosotros. La una es la de que los plebeyos quieren cambiar los estados y ellos son los que los cambian; la otra la de que los nobles quieren siempre conservarlos»<sup>39</sup>.

El curso de la historia humana depende de esa lucha y de ese conflicto constitutivo e inevitable de toda sociedad humana, entre aquellos que teniendo el poder y gozando de él, quieren a toda costa conservarlo, y la tendencia de aquellos que, careciendo de todo privilegio y estando sometidos a los poderosos, tratan de poner fin a tal estado de cosas en nombre de la igualdad social y de la libertad.

El momento inicial de la lucha debe situarse, en opinión de Vico, en el descubrimiento que la clase sometida hace de ser de igual naturaleza que los héroes o los nobles:

«Con el correr de los años y el mayor desarrollo de las mentes, las plebes se persuadieron de la vanidad de este heroísmo y se dieron cuenta de que ellos eran de igual naturaleza que los nobles; por tanto quisieron entrar en las órdenes civiles de las ciudades»<sup>40</sup>.

Conviene advertir que esta lucha social es inevitable y necesaria y es querida por la Providencia que gobierna el mundo de las naciones:

«Y como al cabo del tiempo estos pueblos habrían de ser soberanos, la Providencia permitió que mucho antes rivalizaran con la nobleza en piedad y en religión a través de las contiendas heroicas para obtener los auspicios y los derechos públicos y privados que dependían de ellos»<sup>41</sup>.

La última fase de la lucha, sin duda la más dura, es la lucha por el derecho, que garantiza su libertad y que los libre del capricho de los poderosos. «Los débiles quieren las leyes: los poderosos se las niegan; los ambiciosos, para conseguir seguidores, las promueven; los príncipes las protegen para igualar a los poderosos y a los débiles»<sup>42</sup>. A través del establecimiento de leyes justas los hombres esclavizados desean conseguir la libertad que entienden evidentemente como igualdad. Mientras haya opresión la lucha por su superación se hace inevitable: «Los hombres aman por encima de todo salir de su estado de sometimiento y buscan la igualdad»<sup>43</sup>. En este sentido la historia de Roma es, para Vico, paradigmática; es la historia de la dura lucha entre fuerzas sociales opuestas: la de los «*patres*» y la de la plebe. Estas dos fuerzas sociales actúan la una en nombre de la «*auctoritas*», o sea, del orden civil que es propio de los «*optimates*», y la otra en nombre de la «*libertas*», o sea, «del orden natural propio de la libertad»<sup>44</sup>. Los nobles romanos, como dice Vico, al creerse de superior naturaleza a la de los plebeyos justifican de esa forma la explotación de los mismos y su violencia tiránica, manteniendo gracias a su poder económico sus privilegios y, en definitiva, la prepotencia de su clase. Los plebeyos lucharán contra su humillante situación desarrollándose de esa forma un largo conflicto que producirá cambios sociales, políticos y jurídicos. Aquí radica la fundamental función de la plebe para el desarrollo de la sociedad, pues son ellos los que de hecho cambian las cosas y se convierten, al luchar contra el ejercicio cruel de los «*patres*», en el motor de la historia.

En esta constante lucha Vico simpatiza abiertamente con los plebeyos. Su juicio sobre los héroes romanos de aquella época resulta aniquilador:

«Todos ellos ¿qué hicieron por la mísera e infeliz plebe romana? ¿Qué sino comprometerla en las guerras, sumergirla hasta lo profundo en un mar de usu-

ras, sepultarla en las prisiones probadas de los nobles donde eran azotados con varas sobre las espaldas desnudas como los más viles esclavos? Y quien intentaba ayudarla un poco con alguna ley agraria era acusado por el orden de los héroes, en el tiempo de la virtud romana, y muerto como traidor... De este modo los nobles de los primeros pueblos, considerándose héroes, gobernaban tan mal a la mísera multitud de las naciones... –y termina diciendo– ¿qué justicia donde tanta desigualdad?<sup>45</sup>.

Pero, como nos ha dicho anteriormente, no se trata tanto de indignarse como de comprender, y lo que comprende es que esas luchas sociales, como expresión de fuerzas e intereses opuestos, están presentes a lo largo y ancho de toda la historia humana dando lugar a diversas formas sociales y políticas cada vez más «humanas», es decir, más racionales, o sea, más igualitarias y libres. Entre los indudables méritos del pensamiento viquiano cabe destacar el de que para él los verdaderos protagonistas de la historia no son los individuos, sino los pueblos como colectividad. Una de las características más peculiares de su pensamiento es precisamente, «su concepción coral de la historia, por la cual ha sido definido como el poeta de las masas»<sup>46</sup>.

En los tiempos primitivos fue la sabiduría poética la creadora de civilización humana, sabiduría que era connatural a todos los hombres primitivos, y no en absoluto atributo exclusivo de algunos individuos extraordinariamente dotados, pues «los hombres del mundo primitivo, por naturaleza fueron sublimes poetas». Fue gracias a la sabiduría poética como se fundaron las religiones, los mitos, el lenguaje, el derecho, las ciencias y las artes, que son, en consecuencia, creaciones de toda la comunidad humana:

«Y de modo claro y distinto haré ver cómo los fundadores de la humanidad gentil con su teología natural se imaginaron a los dioses, con su lógica descubrieron las lenguas, con la moral engendraron los héroes, con la economía fundaron las familias, con la política las ciudades; cómo con su física establecieron los principios de todas las cosas divinas, con la física particular se engendraron en cierto modo a sí mismos, con su cosmografía formaron un universo de dioses, con la astronomía llevaron de la tierra al cielo los planetas y las constelaciones, con la cronología los griegos, por ejemplo, circunscribieron el mundo a la propia Grecia»<sup>47</sup>.

Sobre las masas populares descansan después los regímenes nobiliarios y serán ellas las que en duras luchas con la nobleza, luchas que tienen lugar en los tiempos heroicos, lograrán derribar el régimen nobiliario impulsando la evolución histórica, erigiéndose repúblicas populares en busca de la igualdad.

La monarquía es también obra de las masas y sobre ellas se apoya y no sobre una gran personalidad individual. Las masas son las que con sus errores hacen que las repúblicas populares degeneren en tiranía, y entonces son ellas mismas las que, conscientes de sus males, buscarán su propia salvación en la monarquía, que se convierte en salvaguarda de la igualdad y de la justicia<sup>48</sup>. El monarca es, para Vico, un elemento del pueblo que sube al poder para servir al pueblo, asegurando la igualdad de todos los súbditos y librando a la mul-

titud de la opresión. La masa es, pues, la que confiere legitimidad al monarca y no ninguna clase de vínculos de sangre.

Así, pues, en la concepción de la historia de Vico desaparecen como protagonistas las grandes personalidades individuales y en su lugar son colocados los pueblos con sus instituciones. Hasta Vico la historia se había limitado a narrar y glorificar los hechos de grandes individuos.

«Vico, por primera vez –dice Peters–, intenta alcanzar el sentido de la historia dirigiéndose al sentido opuesto e intentando subsumir en las masas populares toda gran personalidad individual. No son los reyes y capitanes los que hacen la historia, sino la totalidad de las naciones; no los grandes personajes, sino los millares de individuos anónimos. Y este era en su tiempo un pensamiento inauditamente nuevo»<sup>49</sup>.

En su afán de restar protagonismo a los sujetos individuales, Vico llega a afirmar que muchas de las figuras históricas de los tiempos primitivos no han sido grandes personalidades individuales, sino sólo la expresión poética de hechos u obras históricas realizadas por pueblos enteros, o, al menos, por grupos enteros de hombres. Así, por ejemplo, Orfeo y Hércules en Grecia, Zoroastro en Asia, los Mercurio Trimegisto en Egipto... Es de esta forma como interpreta al mismo Homero que: «Fue un ideal o carácter heroico de los hombres griegos en cuanto que narraban, contándolas, sus historias»<sup>50</sup>.

Dentro de la doctrina marxista es al proletariado al que le corresponde la misión histórica de acabar, mediante la revolución, comunista, con el orden social existente y realizar la emancipación de todos los individuos humanos. El proletariado es la clase oprimida dentro de la sociedad capitalista, careciendo de todo privilegio. Por eso solamente los proletarios, alienados en su condición humana, serán capaces de llevar a cabo la emancipación total. El asalariado en la sociedad capitalista se convierte en un simple «productor impersonal de mercancías», y él mismo en una mercancía más:

«La demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres, como ocurre con cualquier otra mercancía. Si la oferta es mucho mayor que la demanda, una parte de los obreros se hunde en la mendicidad o muere por inanición. La existencia del obrero está reducida, pues, a la condición de existencia de cualquier otra mercancía. El obrero se ha convertido en una mercancía y para él es una suerte poder llegar hasta el comprador»<sup>51</sup>.

Pero el obrero no podrá emanciparse de la explotación a que está sometido en la sociedad capitalista, sin emancipar, al mismo tiempo, a la sociedad entera.

Una de las razones, sin duda de peso dentro del pensamiento marxista, por la que Althusser defiende su postura antihumanista es porque la palabra «humanismo» sería utilizada por la burguesía para combatir algo vital en el marxismo: la lucha de clases y el papel fundamental que el proletariado desempeña en la misma:

«Toda la tradición marxista ha rehusado afirmar que ‘el hombre’ es quien hace la historia. ¿Por qué? Porque prácticamente, y por lo tanto en los hechos, la

ideología burguesa aprovecha y utiliza esta expresión para combatir, es decir, para destruir, otra expresión auténtica y vital para el proletariado: son las masas las que hacen la historia»<sup>52</sup>.

##### 5. ¿HACIA DÓNDE MARCHA LA HISTORIA?: UTOPIA Y BARBARIE

La meta hacia la que se dirige la historia, según Marx, es la liberación completa del hombre y la entrada en el reino de la libertad, en el que desaparecida ya la lucha de clases, los hombres crearán libremente convirtiéndose en verdaderos autores de su propio mundo. Al haber desaparecido los antagonismos feroces de antaño los hombres no sufrirán ni crisis ni revoluciones y podrán dedicarse a explorar nuevos mundos, a inventar y elegir libremente. Será en ese momento cuando propiamente comenzará la historia de la sociedad humana, sin posible retroceso a la situación anterior de alienación y lucha.

Se trata como vemos de una postura claramente optimista en la que algunos han querido ver, a pesar de que Marx declara mantenerse exclusivamente en el nivel de análisis científico de la realidad, influencias judeo-cristianas:

«Lo que explica la base idealista del materialismo de Marx es el viejo mesianismo y profetismo judíos inalterados a través de dos mil años de historia económica... El *Manifiesto Comunista* conserva aún los caracteres básicos de la fe mesiánica: 'la certidumbre de cosas en que esperar'»,

y continúa más adelante:

«el entero proceso de la Historia, según se esboza en el *Manifiesto Comunista* corresponde al esquema general de la interpretación judeo-cristiana de la Historia como un providencial avance hacia una meta final llena de significado»<sup>53</sup>.

Efectivamente para Marx el tiempo histórico avanza de forma irreversible, pero es necesario actuar para realizar todas las potencialidades que la historia lleva en sus entrañas, de forma que la humanidad desemboque en una etapa luminosa sin retorno. El pensador alemán confía en el progreso histórico y cree que la auténtica vocación de la historia es crear una sociedad sin clases que se caracterizará por el libre desarrollo y la autorrealización del individuo, en donde ya no habrá ningún tipo de explotación económica y las necesidades de todo tipo estarán suficientemente satisfechas. En esa sociedad comunista ya no existirá la coacción del hombre sobre el hombre, sino el poder de la sociedad humana sobre la naturaleza.

Sin embargo esa sociedad será el resultado de un desarrollo progresivo en base a la acción transformadora del hombre a lo largo de procesos históricos concretos. Y es aquí donde Marx centra su crítica en el socialismo utópico, pues resulta ser una teoría ineficaz, independientemente de lo laudables que sean sus propósitos y lo acertadas que sean sus críticas, al permanecer en un plano puramente teórico. Alain Pons ha expresado con acierto el punto de vista de Marx sobre el socialismo utópico:

«La objeción que Marx siempre ha hecho a la utopía es que los hombres han trazado con su imaginación el retrato de las sociedades futuras sin comprender que

‘las condiciones de la emancipación del proletariado les da la historia’  
(«Manifiesto del partido comunista»)»<sup>54</sup>.

Algunos críticos de la teoría marxista han señalado que, a pesar de las críticas que el autodenominado socialismo «científico» hace al socialismo utópico, también él habría incurrido en concepciones utópicas. Así Hans Kelsen critica la ingenua y poco realista creencia marxista que piensa que con la desaparición de la explotación económica desaparecerá también el hecho de que el hombre abuse de su poder. En su opinión, aún en el supuesto que en la futura sociedad comunista no exista ningún tipo de explotación económica y estén suficientemente satisfechas todas las necesidades, no por ello esa sociedad está asegurada ante cualquier alteración.

«¿Se consumará el milagro –se pregunta– de que la pereza, la rutina, la despreocupación, la falta de confianza y la inquebrantable propensión del hombre –raíz anímica de toda explotación– a hacer trabajar a los demás, desaparezcan totalmente, de tal manera que no se precise ningún medio coercitivo para desterrar dichos males, que son los que amenazan la existencia de la sociedad del futuro?... ¿ No son el odio, la envidia, la venganza, la ambición así como toda la extensa zona del eros, un inmenso infierno lo suficientemente peligroso como para hacer saltar por los aires incluso al orden económico más justo?... Una teoría que cifra las causas de la alteración del equilibrio social únicamente en la relación capitalista de explotación debe ser acusada, al menos, de carecer de fantasía»<sup>55</sup>.

No se puede olvidar, en su opinión, que con esos materiales, esto es, los hombres tal y como los conocemos por la experiencia histórica adquirida, debe ser construida la casa del orden social futuro.

Igualmente el marxismo, en opinión de Kelsen, incurriría en una concepción «utópica» cuando se refiere a esa sociedad futura en la que, al no haber ya clases sociales que mantener bajo la opresión, ya no sería necesario ningún tipo de poder coercitivo, y en lugar de un gobierno sobre los hombres, debe colocarse una administración sobre las cosas. El Estado no sería ya, pues, necesario, se iría adormeciendo por sí mismo hasta finalmente extinguirse por completo. Pero resulta ilusorio, opina Kelsen, pensar que es posible administrar las cosas sin dominar al mismo tiempo a los hombres y sin obligarles a ajustarse a un determinado plan. Por lo demás, proyectar un nuevo orden social confiando en una transformación radical de la naturaleza humana, como hace el socialismo marxista cuando afirma que los hombres se habituarán a obedecer sin coacción a ese nuevo orden establecido, o que se habituarán a no abusar de su poder o a no ser ambiciosos, o a ser laboriosos de forma espontánea, equivale a sumergirse en el nebuloso país de la utopía

«Si algo es utopía –dice Kelsen– es precisamente esta fe en la apriorística bondad del hombre, fe que no descansa sobre la experiencia, sino que se encuentra suspendida sobre el aire azul de una fantasía anhelada; utopía es, en definitiva, esta fe primitiva en un orden natural que es bueno porque se corresponde con la

‘propia’ naturaleza del hombre, y que porque se corresponde con esta naturaleza, porque expresa sólo la ‘verdadera’ voluntad y esencia del hombre todavía preservadas de factores externos, no precisa ninguna coacción, que queda reservada únicamente para aquellos que van contra la ‘propia’, ‘verdadera’ y ‘más íntima’ naturaleza del hombre. Utopía no es el cuento del país de Jauja, pues éste tiene al menos la posibilidad de un desarrollo técnico ilimitado. ¡Utopía es sólo esta fe en la absoluta bondad del hombre!»<sup>56</sup>.

En cambio Vico cree que imaginar que un día la humanidad estará compuesta sólo de hombres sabios e iguales, honestos y bondadosos, como indican las utopías del progreso es una fantasía inútil. Vico no cree que el cambio histórico pueda conducir a los hombres a convertirse en una especie de dioses en medio de una sociedad paradisíaca. El optimismo que se respira en la concepción marxista se encuentra ausente de la postura de Vico, pues la barbarie está siempre presente. Es cierto que Vico entiende la historia como un curso progresivo de acontecimientos que debe desembocar en una época de desarrollo pleno de la racionalidad, de una «*ragione tutta spiegata*»<sup>57</sup>, que reconozca la igualdad natural de todos los hombres y establezca «repúblicas populares» caracterizadas por «gobiernos humanos» que defiendan la libertad de los pueblos, pero el progreso ni es una necesidad que se tenga que producir inevitablemente, ni mucho menos es irreversible, pues los conflictos, las luchas, las miserias humanas, la decadencia y la degeneración están siempre presentes y son siempre posibles. En Vico la barbarie en sus distintas formas están siempre acechando tanto a los individuos como a los pueblos y toda conquista resulta ser no sólo fatigosa, sino también siempre precaria, como muy acertadamente ha señalado P. Piovani:

«Como en la historia viquiana no hay lugar para una mítica edad de oro, así, en su historia, no hay lugar para una salida definida y definitiva del estado de naturaleza... En Vico lo político es conquista extraordinariamente fatigosa y siempre precaria: el estado salvaje no es una condición originaria, fijada en un momento dado del desarrollo humano, sino más bien un peligro que acecha a toda sociedad como inminente derrumbe que se producirá si no son respetados los niveles mínimos de civilización. Animal político, el hombre de Vico.... está siempre a punto de ‘volverse salvaje’ ..., tiene siempre el abismo de la no-historia abierto bajo sus pies»<sup>58</sup>.

La idea de progreso, esto es, la idea de que la humanidad progresa lenta y gradualmente, pero necesariamente, constituye, sin duda, uno de los elementos centrales de la modernidad, pero tal idea no es compartida por Vico, pues la experiencia histórica contradice una idea semejante, dado que el mundo de los hombres presenta zonas oscuras y poco permeables al desarrollo de la racionalidad. Para el pensador napolitano, en abierta oposición a la línea principal de la filosofía del progreso, la simple contemplación del mundo, de la sociedad y del hombre, pone de manifiesto que el progreso, lejos de ser una necesidad, es tan sólo un accidente y posibilidad deseable, pues la decadencia y la degeneración son siempre posibles en cualquier momento del proceso histórico de los distintos pueblos.

Igualmente para Vico la idea de una sociedad perfecta, que implicase un orden inmutable y estático de la sociedad, no sólo es rechazable por razones empíricas, sino que con-



tradice a la naturaleza misma de la realidad histórica. Isaiah Berlin ha señalado, con gran agudeza, que en la concepción de Vico el ideal de ciertos pensadores de la Ilustración de una sociedad perfecta es un intento por unir atributos que son incompatibles en cuanto pertenecientes a diferentes épocas:

«Mientras que, para quienes contemplan la sociedad perfecta, todos los valores últimos pueden combinarse como piezas de un rompecabezas en la única solución final, para Vico esto no puede ser así. Pues el cambio, el inevitable cambio, rige toda la historia del hombre... Pero, a lo largo de este proceso, las ganancias en un respecto, implican necesariamente pérdidas en otro... Si esto es así, entonces algunas formas valiosas de experiencia están condenadas a desaparecer..., lo cual significa que siempre habrá valores que no sean compatibles, históricamente, con otros, de tal manera que la noción de un orden, en el que todos los valores verdaderos se encuentran simultáneamente presentes y en armonía, se elimina, no sobre la base de ser irrealizables por debilidad, ignorancia o alguna de otra flaqueza humana (cuya superación podría al menos imaginarse), sino debido a la naturaleza misma de la realidad. Esto significa que la idea de perfección se descarta, no tanto por razones empíricas sino debido a que es conceptualmente incoherente; no es compatible con lo que conceptualmente es la historia»<sup>59</sup>.

Así los avances en humanidad y en conocimiento, propios de épocas más moderadas y más racionales, conllevarían inevitablemente pérdidas en vigor, espontaneidad y fuerza imaginativa que son más propias de épocas primitivas. Para decirlo de otra forma, para un viquiano, Aquiles y Sócrates v.q. son incompatibles.

La perfección final se hace, pues, imposible, de forma que toda civilización resulta ser un equilibrio delicado que puede derrumbarse en cualquier momento si los hombres se mueven en una dirección equivocada, o si no son capaces de hacer los esfuerzos necesarios para mantener la cohesión social, o si no saben estar a la altura de sí mismos. La decadencia y el colapso están siempre ahí amenazando a todos y cada uno de los movimientos del hombre en la historia. Ninguna sociedad, por muy alto grado de perfección que haya conseguido, tiene garantías de durar indefinidamente. Sucede así que la progresiva pérdida del ingenio original y del contacto imaginativo con la realidad, que ocurren en sociedades extremadamente racionalistas, provocan la corrupción de los Estados populares, de las filosofías y de los hombres mismos, precipitándose esas sociedades en lo que Vico llama «la barbarie de la reflexión», que es peor que cualquier otro tipo de barbarie, al convertir a los hombres en «fieras más crueles que las que habían sido con la barbarie del sentido»<sup>60</sup>.

Sin embargo el caos y el derrumbe histórico no es nunca definitivo pues, dice Vico, la Providencia pondrá remedio haciendo que los pueblos retornen a la primitiva simplicidad. Y así es como comenzarán nuevos «*corsi*» o ciclos que se encaminarán de nuevo hacia formas de vida cada vez más perfectas, esto es, más humanas, pero la perfección resultará siempre inalcanzable, y desde luego el relativo estado de perfección que se alcance tendrá siempre el abismo abierto bajo sus pies.

La idea de la Providencia en Vico preserva a las sociedades humanas, mediante las consecuencias inadvertidas de la acción de las pasiones y vicios humanos, del caos, viniendo

do a ser una especie de racionalidad y regularidad históricas que, por lo demás, pueden observarse por experiencia histórica mediante un estudio comparativo de los distintos pueblos, pero en ningún caso la idea de la Providencia viquiana supone que haya una meta final en la historia, tal como, en teoría al menos, supone «la astucia de la razón» de Hegel. El discurrir del hombre en la historia es siempre incierto para el pensador napolitano, como ha señalado Piovani:

«El optimismo providencialista no borra el pesimismo viquiano, que ve y prevee derrumbes del mundo histórico en correspondencia a toda insuficiencia de los esfuerzos humanos de los hombres... A pesar de sus alardeadas continuidades la tela de la Providencia no está exenta de descosidos y rasgones...Vico no puede asegurar a su teoría de la Providencia aquellas características que podrá garantizarle Hegel, no casualmente identificando conclusivamente la Providencia con la absoluta Razón conceptualizadora, en firme sistematicidad, del curso de la historia totalmente racionalizada»<sup>61</sup>.

Así pues, mientras para Marx el progreso histórico es una necesidad que se producirá inevitablemente hasta que finalmente alcancen la completa liberación del hombre entrando en el reino de la libertad, en Vico, en cambio, esa idea de progreso, está ausente de su obra, pues la posibilidad de la barbarie está siempre ahí acechando. Los hombres nunca podrán convertirse en dioses, sólo serán hombres y, como tales, su suerte será siempre incierta, como la historia se encarga de atestiguar.

## NOTAS

1. P. PIOVANI, «Ejemplaridad de Vico», en *Introducción al pensamiento de Vico*, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, 1987, p. 45.
2. *Ibid.*, p. 45.
3. Sobre las relaciones entre Vico y Marx puede verse el tomo: *Vico y Marx. Afinidades y contrastes*, compilado por GIORGIO TAGLIACCOZZO, F.C.E., México, 1990.
4. C. MARX, *El Capital*, F.C.E., Tomo I, México, 1974, p. 303.
5. G.B. VICO, *Scienza Nuova*, a cura di F. Nicolini, Laterza, Bari, 1967, § 331, p. 116.
6. E. KANT, *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, en *Filosofía de la historia*, F.C.E., México, 1978, p. 4.
7. G.B. VICO, *De studiorum ratione*, Laterza, Bari, 1968, p. 92.
8. J. ZELENY, «Transformaciones en la fundamentación gnoseológica de la ciencia actual», en *Dialéctica y conocimiento*, Cátedra, Madrid, 1982, p. 130.
9. N. ABBAGNANO, *Historia de la Filosofía*, Montaner y Simón, Barcelona, 1973, Tomo II, pp. 274-275.
10. *S.N.* § 1096, p. 522.
11. R. PETERS, *Estructura de la historia universal en J.B. Vico*, Revista de Occidente, Madrid, 1930, pp. 15-16.
12. Véase L. ALTHUSSER, «Marxisme et humanisme», *Cahiers de l'I.S.E.A.*, junio de 1964, reimpreso en «Pour Marx», Paris, Maspéro, 1965, pp. 225-49.
13. F. ENGELS, «Respuesta a M. Paul Ernst», 1890, en K. MARX-F. ENGELS, *Werke*, Berlin, 1963, XXII, p. 83, citado por J. D'HONDT, *De Hegel a Marx*, p. 232.
14. L. KOFLER, *Historia y dialéctica*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1974, p. 95.
15. *S.N.* § 331, p. 115.
16. B. LABANCA, *G.B. Vico e i suoi critici cattolici*, Napoli, 1898.
17. R.G. COLLINGWOOD, *Idea de la historia*, F.C.E., México, 1965, pp. 60-61.
18. *S.N.* § 368, pp. 136-137.

19. S.N. § 218, p. 90.
20. S.N. § 31, p. 25.
21. S.N. § 915, p. 421.
22. F. ENGELS, «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre», en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo II, p. 77.
23. S.N. § 13, p. 12.
24. S.N. § 692, p. 322.
25. S.N. § 2, p. 6.
26. S.N. § 1108, p. 531.
27. P. PIOVANI, «Vico sin Hegel», en *Introducción al pensamiento de Vico*, cit., pp. 85 y ss.
28. S.N. § 1107, p. 531.
29. S.N. § 1108, p. 531.
30. S.N. § 630, p. 289.
31. R. PETERS, *Estructura de la historia universal en Vico*, cit., p. 22.
32. R. NISBERT, «Vico y la idea de progreso», en *Vico y el pensamiento contemporáneo*, compilado por G. TAGLIACCOZZO, M. MOONEY Y D.PH. VERENE, F.C.E., México, 1987, p. 232.
33. K. LÖWITH, *El sentido de la historia*, Aguilar, Madrid, 1973, pp. 140-141.
34. C. MARX, *La Ideología alemana*, En *Antología de Marx*, por E. Tierno Galván, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972, p. 119.
35. C. MARX, 8ª Tesis sobre Feuerbach, en *Antología de Marx*, cit., p. 112.
36. C. MARX, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en *Antología de Marx*, p. 195.
37. C. MARX, 1ª Tesis sobre Feuerbach, *ibid.*, p. 109.
38. C. MARX, *XI Tesis sobre Feuerbach*, *ibid.*, p. 112.
39. S.N. § 609, p. 277.
40. S.N. § 1101, p. 528.
41. *Ibidem*.
42. *Ibidem*.
43. S.N. § 292, p. 105.
44. G.B. VICO, *Il Diritto Universale*, parte prima, p. 20, a cura di F. Nicolini, Laterza, Bari, 1936.
45. S.N. § 668, pp. 309-310.
46. Dino Pasini, *Diritto, Società e Stato in Vico*, Napoli, 1970, p. 30.
47. S.N. § 367, p. 136.
48. S.N. § 292, p. 105.
49. R. PETERS, *Estructura de la historia universal*, cit., p. 30.
50. S.N. § 873, p. 405.
51. C. MARX, *Manuscritos de Economía y Filosofía*, en *Antología*, cit., p. 46.
52. L. ALTHUSSER, «La philosophie comme arme de la révolution», *La Pensée*, n° 138, p. 33, cita tomada de J. D'HONDT, *De Hegel a Marx*, cit., p. 235.
53. K. LÖWITH, *El sentido de la Historia*, cit., p. 52.
54. ALAIN PONS, «Vico, Marx, utopía e historia», en *Vico y Marx. Afinidades y contrastes*, cit., p. 37.
55. HANS KELSEN, «La teoría política del socialismo», en *Escritos sobre la democracia y el socialismo*, Editorial Debate, Madrid, 1988, pp. 76-78.
56. *Ibid.*, pp. 80-81.
57. S.N. § 294, p. 247.
58. P. PIOVANI, «Vico y la filosofía sin naturaleza», en *Introducción al pensamiento de Vico*, cit., p. 131.
59. ISAIAS BERLIN, «Vico y el ideal de la ilustración», en *Vico y el pensamiento contemporáneo*, cit., p. 239.
60. S.N. § 1106, pp. 530-531.
61. P. PIOVANI, «Vico sin Hegel», cit., pp. 105-106.

\* \* \*